

La doble política de Chile en la guerra de las Malvinas: entre la neutralidad diplomática y la cooperación con Gran Bretaña

The dual policy of Chile in the Falklands War: between diplomatic neutrality and cooperation with Great Britain

DOI <https://doi.org/10.53689/ea.v15i2.215>

Milton Cortés Díaz¹
(navarrogonzalo797@gmail.com)

Recibido 31/08/2023
Aceptado 10/11/2023

RESUMEN

La discusión sobre la participación de Chile en la guerra de las Malvinas ha estado centrada en las últimas décadas en la cooperación de inteligencia con los británicos, quedando marginado su aspecto diplomático. En este trabajo pretendemos desafiar tal perspectiva, planteando que Chile siguió una política doble, que muchas veces entraba en contradicción: una de neutralidad diplomática y otra de colaboración militar con los británicos. En tal sentido, la dimensión diplomática no fue una mera excusa o careta, sino que tuvo una relativa independencia y objetivos propios, ya que compartía con la acción de los militares la misma meta: colaborar con una derrota argentina en el conflicto.

PALABRAS CLAVE

Chile, Argentina, Guerra de las Malvinas, Augusto Pinochet, Junta Militar Argentina

ABSTRACT

The discussion regarding Chile's involvement in the Falklands War has been primarily focused on intelligence cooperation with the British, with its diplomatic aspect often sidelined. In this work, we aim to challenge this perspective by suggesting that Chile pursued a dual policy that sometimes conflicted with each other: one of diplomatic neutrality and another of military collaboration with the British. In this sense, the diplomatic dimension was not merely an excuse or a facade but was somewhat independent and had its objectives. However, both shared the same ultimate goal: to assist in the defeat of Argentina in the conflict.

KEYWORDS

Chile, Argentina, Falklands War, Augusto Pinochet, Argentine Military Junta

¹ Doctor en Estudios Americanos, mención Relaciones Internacionales, por la Universidad de Santiago de Chile y Magíster en Historia por la Universidad Católica de Chile. Especializado en Historia de las Relaciones Internacionales e Historia Política de Chile en el siglo XX. ORCID <https://orcid.org/0000-0003-1175-5954>

INTRODUCCIÓN

La actitud de Chile durante la guerra de las Malvinas ha sido uno de los temas más controvertidos de la relación chileno-argentina, particularmente entre la opinión pública de ambos países. Si bien Santiago se proclamó neutral en la contienda –en contraste con el resto de los países latinoamericanos–, pesaba sobre la actitud chilena la sospecha de que se cooperaba secretamente con los británicos para ayudar a una derrota argentina. Con motivo de la detención de Augusto Pinochet en Londres, la ex primera ministra Margaret Thatcher lo defendió revelando la colaboración chilena durante el conflicto de las Malvinas, al afirmar que gracias a la información recibida de Chile se habían salvado muchas vidas británicas. En declaraciones posteriores del excomandante en jefe de la Fuerza Aérea Fernando Matthei, este no solo confirmó esta ayuda sino también la explicó a nivel de detalle (Arancibia y Maza, 2003).

Desde estas revelaciones, han sido frecuentes en la opinión pública argentina las acusaciones de que Chile “traicionó” a Argentina, mientras que desde el lado chileno se argumenta que fue una acción de autodefensa, ya que después de las Malvinas los argentinos dirigirían sus fuerzas contra Chile. La literatura especializada, salvo contadas excepciones (Castro, 2006; Morales, 2012), ha sido menos virulenta, concentrándose en dilucidar y describir la naturaleza de la ayuda chilena a los británicos y su efecto en la guerra (Sanfuentes, 1992; West, 1997; Tripodi, 2003; Valdés, 2017; Sznajder, 2022; Martinic, 2022). Un denominador común de casi todas estas obras es que dejan de lado la acción diplomática chilena, que aparece prácticamente como careta, y remarcan que lo verdaderamente importante fue la ayuda militar secreta a Gran Bretaña (la única excepción es Bellemans, 2000, única obra que trata el aspecto diplomático).

En este trabajo buscamos reinterpretar la posición de Chile en la guerra de las Malvinas. Nuestra pregunta de investigación es: ¿Realmente tuvo la diplomacia chilena un rol meramente secundario

durante la guerra de las Malvinas, como aparece desprenderse de la bibliografía, o tuvo su dinámica propia? Ante tal cuestionamiento, postulamos como hipótesis que el gobierno chileno desarrolló una política doble, una diplomática y otra militar, que funcionaban desconectadas una de la otra y con diferentes propósitos. Esta política de “cuerdas separadas” hizo que en ocasiones las estrategias entraran en tensión, particularmente por las dificultades diplomáticas que causaban los rumores de ayuda chilena a los británicos. No obstante, a pesar de sus diferencias, ambas estrategias compartían el mismo objetivo de cooperar con una derrota de los argentinos ante el temor de que Chile podría ser su próximo blanco.

Como marco teórico nos hemos decidido por una aproximación a partir del modelo de política burocrática, desarrollado en obras de Allison (1971) y Halperin (1974). Desde esta perspectiva, no se aborda la acción del Estado como la de un actor unitario, sino que se enfatiza a la política exterior como el resultado de tensiones, a veces irresueltas, entre las diferentes burocracias de un mismo país.

Como metodología, junto con la revisión de la bibliografía especializada, seguimos una estrategia cualitativa según las reglas del método histórico, centrada en la crítica y contraste de fuentes primarias (Maza, 2017). Al aproximarnos a las fuentes, las interrogamos con el fin de conocer la estrategia y objetivos proclamados por los actores y cómo ello se correspondía con su accionar público o secreto.

Entre fuentes primarias, nos enfocamos particularmente la prensa chilena de la época (El Mercurio, La Segunda, La Tercera y Las Últimas Noticias), fuentes del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile y documentación inédita de Argentina, particularmente los juicios a los militares.

ANTECEDENTES

Hacia 1982, las relaciones entre Argentina y Chile se encontraban en un punto bajo tras una serie de tensiones que en 1978 los llevó al borde de la guerra. Ambos países mantenían posiciones distintas respecto a la soberanía de las islas ubicadas al sur del canal Beagle, por lo que en 1971 se acordó recurrir al arbitraje de la Corona Británica, según lo establecido en el Tratado General de Arbitraje de 1902. Debido a los problemas de Argentina con Gran Bretaña por la soberanía de las islas Malvinas, se decidió que el tribunal sería compuesto por cinco jueces de la Corte Internacional de Justicia, limitando la participación de la Corona a aceptar o rechazar la decisión de los jueces. La sentencia se emitió en 1977, cuando ambos países estaban bajo regímenes dictatoriales, dando un resultado favorable a Chile, que mantuvo la soberanía de todas las islas en disputa.

El contenido del laudo, particularmente el rechazo de los jueces al “principio bioceánico”, provocó una reacción negativa de la junta militar argentina, que se decidió por decretar el laudo como insanablemente nulo. Se dieron una serie de negociaciones directas entre Chile y Argentina. Este último país estaba dispuesto a ceder las islas más grandes, pero deseaba la soberanía de las islas Evout, Barnevelt y Hornos para evitar una penetración chilena en el océano Atlántico por medio de la delimitación de su zona económica exclusiva. Esta defensa del principio bioceánico fue la piedra de toque para los argentinos, mientras que los chilenos sostenían que se debía respetar el resultado del laudo y que solo estaban dispuestos a negociar la delimitación marítima. Las negociaciones fueron infructuosas y la junta militar argentina comenzó preparativos bélicos para ocupar las islas en disputa, lo que inevitablemente conduciría a una respuesta chilena y a la guerra. En diciembre de 1978 parecía que el conflicto estallaría en cualquier instante, pero las divisiones dentro de la Junta argentina (Videla y Viola deseaban una salida diplomática, mientras que la Armada se inclinaba por la guerra) y la presión desde Washington (advirtiendo a los argentinos de que serían considerados como

agresores si ocupaban las islas) permitieron a que se encontrara una solución al recurrir a una mediación papal (Villar, 2016; Manzano, 2021; Cortés, 2022).

Las negociaciones entre Argentina y Chile en el Vaticano fueron largas y difíciles. Ninguno cedía en sus posiciones centrales, el principio bioceánico y el respeto al laudo, respectivamente. El representante papal hizo una propuesta en 1980, según la cual Chile mantenía la soberanía de las islas y se creaba una zona económica de actividades comunes, en que ambos países compartirían los beneficios. La propuesta no satisfizo a ninguna de las delegaciones, pero Chile decidió aceptarla para evitar que Argentina pudiera proponer modificaciones. Buenos Aires no la rechazó formalmente, pero hizo dar a conocer su insatisfacción con la propuesta en marzo de 1981. Tras ello, las negociaciones quedaron en un punto muerto (Videla, 2007).

La situación era tensa y se percibía la posibilidad de un conflicto. En ambas naciones la disputa por el Beagle había despertado profundos sentimientos nacionalistas, que les hacían ver al país vecino como su rival y enemigo. Ello fue exacerbado por las medidas nacionalistas del comandante en jefe del Ejército argentino, general Leopoldo Galtieri, quien el 28 de abril de 1981 cerró la frontera con Chile y movilizó a las tropas. Esta medida la realizó sin consultar con el presidente o el resto de la Junta, en una demostración de fuerza. La Santa Sede debió realizar una mediación dentro de la mediación para poder reabrir las fronteras.

La designación de Galtieri como presidente de Argentina en diciembre de 1981 empeoró aún más la situación. Una de sus primeras medidas fue desahuciar el Tratado General de Solución de Controversias de 1972. Ello le cerraba a Chile la posibilidad de recurrir a la Corte Internacional de Justicia, al que se había pensado como última instancia, pasado el año 1982. Como recurrir a esta corte implicaba el fin de la mediación, Santiago parecía verse en un grave dilema. Se sucedían incidentes de violación de la frontera y se intercambiaban continuamente notas de

protesta (Sanhueza, 2013). En este ambiente de profunda desconfianza, el 2 de abril de 1982 tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas.

ESTALLA EL CONFLICTO

El gobierno argentino, al menos públicamente, dijo que esperaba el “apoyo” y “comprensión” por parte de Chile (El Mercurio, 3 de abril de 1982). Pero el ánimo en Argentina era otro y se percibió una actitud antichilena de gran parte de la población. El mismo día de la invasión, Galtieri anunció frente a una multitud reunida ante la Casa Rosada: “Hoy 2 de abril recién hemos comenzado con nuestra actitud de recuperar las Malvinas y toda su zona de influencia”, ante lo cual el público exclamó en canticos, uno de los cuales decía: “Tero, tero, tero, tero, tero, tero, tero / Hoy le toca a los ingleses y mañana a los chilenos” (Archivo Prisma, 1982). Otro cantico de la jornada fue: ““palo, palo, palo bonito palo e´,/ eee, ¡que se cuide Pinochet” (Vassallo, 2022). La prensa argentina también compartía este tono antichileno. El diario Crónica de Buenos Aires, dijo que lo ocurrido era “una advertencia para los chilenos” (Oyarzún, 1983, p. 34). En los días siguientes, otros medios divulgarían la idea de que “hay otros territorios usurpados que también deben ser liberados” (Oyarzún, 1983, p. 62).

Para Chile, tomar una posición abiertamente contraria a Argentina tenía sus riesgos, especialmente en caso de que este país surgiera como vencedor en la disputa. Ello habría implicado una posición chilena más débil por el Beagle y la posibilidad de una mayor animadversión por parte de los argentinos. También, había que tomar en consideración que en el resto de América Latina, con la excepción de Colombia, se había desatado un sentimiento latinoamericanista, tanto en los gobiernos como en la opinión pública, de apoyo a la causa argentina. Una posición que se alejara de ello dejaría a Chile aún más aislado dentro de la región.

Pero si Argentina vencía, ello representaría la validación de un recurso de fuerza violatorio del

derecho internacional y fácilmente podría ser Chile el próximo blanco de sus ambiciones. Las declaraciones de Galtieri ante la Casa Rosada parecían confirmar tal deseo.

Por todo ello, era de interés para el gobierno chileno que Argentina no triunfara en su aventura bélica pero, asimismo, debía mantener buenas relaciones con el país vecino para evitar deteriorar la ya mala situación limítrofe. Ante tal perspectiva, el gobierno chileno desarrolló una política doble: una desplegada por los diplomáticos, en que se enfatizaba la neutralidad de Chile, sustentada en el mantenimiento de principios. Por otra parte, –y sin que los diplomáticos lo conocieran– se dio una segunda política, desarrollada por los militares, de apoyo a los británicos a través del intercambio de información militar. Esta doble política inevitablemente conduciría a tensiones y contradicciones en la estrategia chilena.

LOS DIPLOMÁTICOS Y LA ESTRATEGIA DE LA NEUTRALIDAD

Desde la estrategia diplomática, de inmediato la cancillería chilena adoptó una posición de neutralidad, si bien no se ocupó inicialmente esta palabra al no haberse declarado formalmente una guerra. La declaración oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores decía:

Frente a los graves acontecimientos ocurridos entre la República de Argentina y el Reino Unido, el gobierno de Chile expresa su profunda preocupación por los hechos ocurridos en el área y reafirma su invariable apego a las normas internacionales y a la solución pacífica de la controversia”. (El Mercurio, 3 de abril de 1982)

Con esta actitud, la diplomacia chilena hacía una distinción entre la disputa por la soberanía de las islas y la acción militar emprendida por la Junta argentina. No se pronunciaba abiertamente respecto a la primera, pero afirmaba su rechazo sutil a la acción bélica. Había en la declaración una reafirmación de que el principal activo de la

diplomacia chilena era su estricto apego al derecho internacional. En esto, Chile fue ayudado por la resolución del Consejo de Seguridad del 3 de abril, en que se exigía el retiro de las tropas argentinas. Gracias a ello, Chile siempre pudo justificar su negativa de apoyar a Argentina en base a que no se estaba cumpliendo la resolución del Consejo de Seguridad, que tenía prioridad por sobre otras declaraciones internacionales, incluyendo a la Organización de Estados Americanos (OEA).

Esta estrategia provocó molestia en Argentina, puesto que, –como hemos visto– esperaban el apoyo y comprensión del gobierno chileno. En un primer momento, el embajador chileno en Argentina, Sergio Onofre Jarpa, hizo declaraciones en sentido de que la Cancillería chilena “ya tiene posición tomada, desde hace mucho tiempo, sobre los derechos argentinos en las Malvinas” (El Mercurio, 5 de abril de 1982); lo cual hizo que algunos medios argentinos estimaran que “Chile nos da su apoyo” (Las Últimas Noticias, 5 de abril de 1982).

Ello fue clarificado en los días siguientes, adoptándose una posición explícita de prescindencia, de que no se apoyaría la causa argentina. Pinochet afirmó en un discurso con ocasión de la visita del presidente de Uruguay:

“Rechazamos con la mayor firmeza el uso de la fuerza o de su amenaza para pretender dirimir disputas entre Estados, ya que esto sólo puede conducir a aumentar la destrucción, la violencia y el odio entre los pueblos, acusando de paso la conducta irresponsable o la debilidad de argumentos de quienes escogen ese camino”. (Las Últimas Noticias, 15 de abril de 1982)

El propio Jarpa tuvo que modificar su discurso, diciendo que:

“siempre es malo usar la fuerza y es bueno utilizar la negociación pacífica. Ahora, no hemos entrado a juzgar quien es el culpable de todo esto. Chile solamente ha hecho una reafirmación de algunos principios jurídicos que nos parecen fundamentales

en la solución pacífica de las controversias”. (Las Últimas Noticias, 8 de abril de 1982).

Estos cambios provocaron la molestia en los medios de comunicación argentinos, pues los chilenos no reconocían la justicia de su causa, a diferencia de los otros países de la región.

Para buscar ganarse a Chile, el 9 de abril Galtieri le envió una carta a Pinochet en la que justificaba la acción de su país, acusando que la situación de crisis se derivaba, no de la recuperación de las islas, sino “en la falta de responsabilidad e incomprensión que demostrara el gobierno de Gran Bretaña”. En su respuesta, Pinochet, junto con reivindicar la posición chilena de respeto a los instrumentos internacionales, dijo que la situación “es motivo de honda preocupación para Chile, pues no sólo involucra a dos países con los cuales nos unen estrechos lazos de amistad, sino que constituye también un conflicto que debilita en última instancia a Occidente” (El Mercurio, 17 de abril de 1982).

Argentina decidió invocar al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Chile apoyó la convocatoria, afirmando que todo país miembro del tratado tenía el derecho de exponer su situación (El Mercurio, 21 de abril de 1982). En la reunión, Perú y Brasil presentaron un proyecto en que se pedía el cese de hostilidades a Gran Bretaña, que Argentina no emprendiera nuevas acciones y la instauración de una tregua. Respecto al problema de fondo, la soberanía, pedía que se tomaran en cuenta los derechos de soberanía argentina, pero tomando en consideración los intereses de sus habitantes. La resolución contó con 14 votos a favor y cuatro abstenciones, estas últimas de Estados Unidos, Colombia, Chile, y Trinidad y Tobago (El Mercurio, 29 de abril de 1982).

Hubo gestiones por parte de la diplomacia chilena para condicionar un voto favorable a un cambio de postura argentina con respecto al Beagle. La posibilidad de prestar apoyo a Argentina no se había descartado *a priori*. Los argentinos efectivamente hicieron una oferta, pero esta terminó siendo rechazada. Al parecer, habría sido

muy vaga y ya no se confiaba en las promesas de los militares de ese país (El Mercurio, 16 de mayo de 1982). Pero el mayor factor fue una decisión personal de Pinochet, quien rechazó los esfuerzos diplomáticos del canciller Rojas e instruyó a que Chile se abstuviera bajo cualquier circunstancia. Aquí pesó la impresión de Pinochet de que los días de Galtieri estaban contados, pues estaba sufriendo presión de los partidos y dentro de las propias Fuerzas Armadas. Como Gran Bretaña estaba determinada a recuperar las islas, ello conduciría necesariamente a la caída de Galtieri. Para Pinochet, el gobierno que lo sucediera no tendría espacio para contemplar un ataque contra Chile (Embajada del Reino Unido en Santiago, 1982).

La justificación del voto de abstención de Chile se sustentó en que la OEA debió haber actuado de acuerdo con la resolución adoptada por el Consejo de Seguridad, en orden a no obstruir la medida provisionalmente adoptada o los esfuerzos por obtener una solución pacífica basada en los mecanismos existentes (El Mercurio, 29 de abril de 1982). La posición chilena fue la que causó el mayor impacto diplomático, pues se esperaba una postura diferente (Oyarzún, 1983, p. 198).

LA COLABORACIÓN DE INTELIGENCIA CON GRAN BRETAÑA

Tras la ocupación argentina de las islas, los británicos de inmediato comenzaron a tantear la posibilidad de un entendimiento con Chile. Específicamente, deseaban tener acceso a los aeropuertos del sur de Chile, con el fin de obtener inteligencia militar. Se le encargó al oficial de la Royal Air Force, Sidney Edwards, que llevara a cabo las gestiones para lograr un entendimiento (Edwards, 2016).

Edwards viajó a Santiago y se reunió con el comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), general Fernando Matthei. Entre sus solicitudes, se encontraba la más amplia cooperación en materias de inteligencia, que

aviones británicos usaran el espacio aéreo chileno y que las fuerzas armadas chilenas se desplegaran en la frontera con Argentina, para que este país tuviera que mantener un despliegue de tropas importantes en el continente (Edwards, 2016). Matthei fue autorizado por Pinochet “a trabajar en forma estrictamente confidencial con los ingleses, evitando por todos los medios que se enterara el Ministerio de Relaciones Exteriores” (Arancibia y Maza, 2003, p. 351). El gobernante también puso otra condición, que no se debía usar territorio chileno para atacar a Argentina.

Matthei y Edwards llegaron a un acuerdo: Chile colaboraría en inteligencia y, a cambio, los británicos le venderían material militar a un precio reducido, que incluía seis aviones Hunter, un radar de larga distancia, misiles antiaéreos y tres bombarderos Canberra.

Los jefes británicos estaban interesados en usar el avión de patrulla marítima Nimrod en el sur de Chile. Por las dificultades para mantener el vuelo en secreto, se determinó que operaría un solo avión Nimrod, que tendría como base de operaciones la isla San Félix, en el archipiélago de Juan Fernández, desde donde despegaría haciendo escala en Concepción, luego se dirigía al sur sobre territorio chileno y, finalmente, rumbo hacia el Atlántico Sur. La misión del Nimrod no estuvo exenta de dificultades. En una de sus misiones, al regresar a territorio chileno, el avión fue interceptado por aviones caza de la FACH. Como el asunto se había llevado a cabo en extremo secreto, solo un limitado número de oficiales sabían de la operación y el jefe a cargo se encontraba en el pasillo, tomando un descanso. Este volvió a su puesto a tiempo para evitar que ocurriera un desastre (Martinic, 2022, pp. 53-54). Ello hizo que el gobierno chileno presionara por poner fin a las misiones del Nimrod, que en total llevó a cabo tres vuelos de reconocimiento el 9, 15 y 17 de mayo, obteniendo información “limitada pero significativa” (Freedman, 2004, p. 340).

Menores complicaciones hubo con respecto a la información obtenida por los radares de gran alcance de la FACH en Punta Arenas. Esta tenía

buena cobertura de los movimientos aéreos de Argentina en Ushuaia, Río Gallegos, Río Grande y Comodoro Rivadavia. Consciente de que la cobertura se podría mejorar instalando un equipo cerca de la frontera, Edwards obtuvo de sus superiores el envío de un radar portátil Marconi S259, que fue desplegado en la base aérea de Balmaceda. Gracias a la información de estos radares, los británicos podían saber del despegue de aviones argentinos, teniendo unos 45 minutos de preparación antes de que llegaran a las Malvinas. El 8 de junio el radar de Punta Arenas debió ser apagado para aplicarle reparaciones. Ese mismo día, aviones argentinos destruyeron los transportes Galahad y Sir Tristram, provocando numerosas muertes entre los británicos. Los pilotos argentinos sospechaban de que Chile estaba traspasando información a Gran Bretaña, por lo que realizaban misiones de diversión para que se creyera que despegaban aviones al ataque (Martinic, 2022, pp. 55-69).

La colaboración de la Fuerza Aérea con Gran Bretaña es la parte más conocida de la cooperación pero no la única. También es claro un apoyo de la Armada. En las primeras semanas de abril, Chile debía recibir de Gran Bretaña el tanquero auxiliar RFA Tidepool y el destructor HMS Norfolk, que habían sido comprados el año anterior. Al estallar el conflicto, Chile le ofreció a Londres dilatar la entrega del Norfolk, si bien los británicos no tenían mucho uso para él, pero sí para el Tidepool, que serviría para aprovisionar a la fuerza expedicionaria (Freedman, 2004, pp. 334-335). Chile aceptó entregar el buque, aunque pronto esto fue conocido por la prensa. Se dio al público la excusa de que los términos del contrato de venta les permitían a los británicos usarlo, en vista de que no había sido entregado oficialmente a Chile y que no se necesitaba la autorización de este país (La Segunda, 28 de abril de 1982).

El almirante Merino también colaboró con los esfuerzos británicos. Conocía la misión de Sidney Edwards, por lo que puso a sus fuerzas en la isla San Félix a disposición suya (Edwards, 2016). Aún más influyente fue una orden que dio Merino el 14 de abril, de tener preparada la

escuadra para apoyar abierta o encubiertamente a los británicos. Alertaba que, si los británicos fracasaban, los argentinos quedarían fortalecidos en sus pretensiones de control exclusivo del Atlántico Sur y los pasos interoceánicos australes, en desmedro de Chile. Proponía como curso de acción:

“Alistar TOA en forma encubierta incluyendo reforzamiento área insular Zona Martillo, Bahía Nassua y área boca oriental Estrecho (de magallanes). Alistar y desplegar Escuadra al TOA (Teatro de Operaciones Atlántico) para encontrarse en condiciones de iniciar operaciones a contar (del) 19 del presmes (presente mes)”. (Yofre, 2011, pp. 340-341)

La Escuadra chilena se mantuvo desplegada por 20 días, recalando luego en Punta Arenas, si bien luego volvió a zarpar a partir del 25 de mayo. El contralmirante Germán Guesalaga justificó en público estas acciones: “No hemos venido en favor de uno u otro bando, pero los buques quedarán un tiempo más. Con un conflicto en puerta, debemos tomar precauciones, pues nunca se sabe cómo pueden evolucionar los acontecimientos” (El Mercurio, 24 de mayo de 1982).

El comandante en jefe de la Armada argentina y miembro de la Junta, almirante Jorge Isaac Anaya, diría al respecto: “Desde el principio tuvimos presente el problema [de] Chile; pero desde el catorce nos dimos cuenta, que el supuesto peligro [de] Chile era una realidad que cambiaba el panorama sustancialmente” (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984b, f. 1037). Ello, a su vez, modificó la acción diplomática de Argentina en la OEA, siendo “tímidos nuestros pedidos de resoluciones en el TIAR. Fueron tan tímidos para que Chile como máximo se tenga que abstener” (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984b, f. 1031).

Del Ejército chileno hay menos información sobre su involucramiento, si bien hay testimonios de que existió (El Mercurio, 10 de abril de 2002). Consta el despliegue de tropas y vehículos blindados hacia la zona sur del país, realizándose

ejercicios militares a partir de mediados de abril y por un periodo de un mes. Se le informó a los argentinos de que los movimientos de tropas eran consecuencia de maniobras invernales previstas por el Ejército. Ello naturalmente no convenció a sus interlocutores, que no tenían antecedentes de maniobras invernales en tal zona (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984c, f. 10.103).

Como respuesta, el 14 de abril el Comité Militar argentino acordó que cada Fuerza debía desarrollar las previsiones correspondientes de la directiva de estrategia militar para el caso Chile. A ello se le sumó la interceptación del mensaje del almirante Merino, que fue informada a los comandantes en jefe. Por ello, se decidió reforzar el frente sur (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984b, f. 1092). Aun así, según los argentinos, la relación de poder era absolutamente favorable a Chile, en la zona austral la proporción era de cuatro a uno, y en el subsector Puerto Natales-Río Turbio llegaba a ser de seis a uno (Ejército Argentino, 1983, f. 200).

Ante la posibilidad de que Chile entrara en la guerra, Galtieri conversó con el secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig:

Aunque ellos no saben lo que podrían hacer los chilenos, tampoco los chilenos saben lo que hará Perú. Los argentinos saben lo que piensan tanto las fuerzas armadas peruanas como las bolivianas. Las implicaciones aquí son ominosas. El presidente argentino recordó que un pequeño incidente en Sarajevo había llevado a una conflagración incontrolable. (FRUS, 1982, p. 188)

Si bien esta conversación fue privada, rápidamente se filtró a la prensa argentina, según la cual Galtieri habría dicho: “Si entra Chile, esto puede ser un Sarajevo” (La Tercera, 22 de abril de 1982). Expresada de tal forma, sonaba mucho más como una amenaza. Es posible que el gobierno argentino deliberadamente haya difundido esta versión para darle una advertencia a los chilenos de que no se entrometieran militarmente.

El factor Chile, especialmente su movilización de tropas, afectó la toma de decisiones en Buenos Aires. Según el general Leopoldo Alfredo Suarez, se temía que en caso de una respuesta militar inglesa a la ocupación de las islas, Chile pudiera “aprovechar, el momento oportuno para poder cumplir todas sus aspiraciones de tantos años, así que no podíamos dejar de tener en cuenta la posibilidad que hubiera también un ataque de Chile” (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984c, f. 10.103). Galtieri dijo que la movilización chilena lo llevó “a prácticamente no mover de la frontera oeste y de la frontera sur a ninguna de las Unidades desplegadas en dichos lugares” (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984c, f. 10.105). El general Osvaldo Jorge García afirmó: “Se preveía que podíamos perder parte del territorio Argentino porque los Chilenos estaban preparados” (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984a, f. 777). El almirante Anaya, sobre las medidas adoptadas, dijo:

La cantidad inicial que corresponde a [los batallones de] Río Grande, en su problema contra Chile, es de mil ciento cincuenta hombres, pero durante el conflicto fue reforzado hasta casi cuatro mil hombres de infantería de Marina exclusivamente, por la amenaza chilena, que nosotros conocíamos, y no podíamos darle carácter público. (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984b, f. 1030)

Para los argentinos, la amenaza chilena fue muy real y pareció estar cerca de concretarse, obligando a varias de sus tropas más aptas a quedarse en el continente (Sanfuentes, 1992, p. 78).

TENSIONES

En mayo se iniciaron los enfrentamientos directos entre argentinos y británicos. Ello tensó aún más la posición chilena. Ya se habían dado incidentes en Argentina de ataques a sedes diplomáticas (El Mercurio, 30 de abril y 3 de mayo de 1982). A lo

cual se le sumaba que, tanto en la prensa argentina como la británica, repetían informaciones de un supuesto entendimiento chileno-británico. Por lo mismo, se hacía necesario hacer gestos para mejorar las relaciones.

Tras el hundimiento del Belgrano el 3 de mayo, el gobierno chileno ofreció enviar al buque *Piloto Pardo* a la zona del naufragio para colaborar en la búsqueda de sobrevivientes. Argentina aceptó el ofrecimiento, que ayudó a rebajar las tensiones entre los dos países a nivel de opinión pública. En la ocasión, el canciller remarcó que Chile era neutral, pero seguiría colaborando en toda iniciativa de paz para el diferendo (El Mercurio, 5 de mayo de 1982). El buque no logró encontrar sobrevivientes, recogiendo dos cadáveres (El Mercurio, 8 de mayo de 1982). Posteriormente, se ofreció el mismo buque para proceder a la evacuación de los heridos que se encontraban en las Malvinas (El Mercurio, 14 de mayo de 1982).

El embajador Jarpa, tras recibir los agradecimientos del canciller argentino por la acción del *Piloto Pardo*, dijo a los medios, en una frase improvisada, que Argentina “tiene sus espaldas guardadas por una firme y leal actitud de Chile” (El Mercurio, 5 de mayo de 1982). Estas declaraciones fueron bien recibidas por la prensa argentina, que las interpretó en el sentido de que Chile finalmente se sumaba a la solidaridad latinoamericana con su país (El Mercurio, 7 de mayo de 1982).

Pero para los militares argentinos, aceptar la ayuda del *Piloto Pardo* para rescatar a los sobrevivientes del Belgrano fue un trago amargo, pues sabían que Chile estaba ayudando secretamente a los británicos. El almirante Anaya dijo que tuvo deseos de decirle a Merino: “Sinvergüenza, me querés salvar los muertos; y paralelamente a partir del diecinueve de abril, vos estás listo a hundirme, cosa que yo no le podía decir a nadie más” (Ministerio de Defensa de Argentina, 1984b, f. 1031).

Días después vino un potencial desastre de relaciones públicas, el descubrimiento de restos calcinados de un helicóptero británico en

territorio chileno, sin que se supiera del destino de sus ocupantes. Ello hizo revivir las acusaciones de que Chile estaba en concomitancia con los británicos, inclusive de ataques a Argentina desde territorio chileno. Parecía, finalmente, que las dos estrategias que había seguido el gobierno chileno finalmente chocaban entre sí.

No obstante, la Cancillería chilena logró rescatar la situación. Se decidió por entregar una nota de protesta al gobierno de Gran Bretaña, por el medio del cual se hacía ver su preocupación por el hecho y se reiteraba la posición neutral de Chile (El Mercurio, 21 de mayo de 1982). Los británicos se disculparon por el incidente y dieron la explicación de que el helicóptero estaba realizando funciones de reconocimiento en Tierra del Fuego, pero que debido al mal tiempo se habría extraviado y sufrido el accidente y aterrizado cerca de Punta Arenas. Chile se dio por satisfecho y dio por superado el incidente (Las Últimas Noticias, 21 de mayo de 1982). A los pocos días aparecieron vivos los tres tripulantes del aparato (El Mercurio, 26 de mayo de 1982). Para satisfacer a la prensa y calmar los rumores, se decidió que los tres se presentarían en la embajada y leerían una declaración, sin aceptar preguntas, para luego ser embarcados de regreso a su nación.

El episodio no se encontraba dentro de la cooperación chileno-británica, pues se realizó sin dárselo a conocer a Santiago. El helicóptero *Sea King* no iba en una misión de reconocimiento, como se dijo a la prensa, sino que era parte de la operación *Mikado*, cuyo objetivo era destruir los aviones *Super Étendard* de Argentina, que tenían misiles *Exocet*, los cuales se encontraban en la pista de Río Grande. Como preparativo, se desarrolló una misión de reconocimiento para ubicar los *Étendard*, con la posibilidad de destruirlos si se daba la oportunidad. Esta misión se inició el 18 de mayo, desde el portaviones *Invencible*, el helicóptero llevaba una tripulación de tres hombres y un equipo de ocho miembros del *Special Air Service (SAS)*. Pero fueron detectados por radares argentinos, por lo que se decidió dirigirse hacia territorio chileno. Tras dejar a los SAS en Bahía Inútil, el helicóptero descendió

a 10 km de Punta Arenas, siendo posteriormente incendiado (Martinic, 2022, pp. 94-100).

Sidney Edwards afirma que no tuvo información de antemano de la operación, sino que se enteró a partir del reclamo de los chilenos. Por ello se comunicó con sus superiores, quienes le recomendaron que diera la excusa de que era una misión de reconocimiento que se había extraviado y quedado sin combustible. Edwards dio esta explicación a su enlace, el general Vicente Rodríguez, quien –a su vez– se la transmitió a Matthei, quien se dio por satisfecho. Luego, enterado de que los tripulantes habían sido encontrados, Edwards trabajó junto a la embajada británica en Chile para sacarlos lo más pronto posible del país (Martinic, 2022, pp. 100-110).

Pero quedaba el problema de los hombres del SAS. Edwards fue autorizado para revelarles a los chilenos la verdadera misión del helicóptero Sea King, asegurándoles que rescatarían a este equipo en completo secreto. El líder de los comandos británicos, que todavía estaban escondidos en suelo chileno, se encontró con el equipo de rescate en Porvenir. El 30 de mayo serían conducidos en secreto a Santiago, donde se mantendrían todavía por algunos días, hasta que se decidió su regreso a Gran Bretaña (Martinic, 2022, pp. 115-123).

El gobierno argentino se abstuvo de criticar a Chile, afirmando, en cambio, que el hallazgo del helicóptero “es una prueba más de un intento de agresión por parte de los británicos al continente” (Oyarzun, 1983, p. 282). No obstante, ello no impidió que se desataran una serie de rumores que acusaban un pacto secreto entre Chile y Gran Bretaña. La agencia soviética de noticias TASS acusó a Chile de ponerse del lado británico y dio la versión de que el helicóptero Sea King transportaba 20 comandos, los cuales tenían como objetivo destruir a los Super Étendard. El gobierno chileno rechazó las acusaciones diciendo que eran parte de la campaña contra Chile que permanentemente desplegaba la URSS (El Mercurio, 29 de mayo de 1982). Ello no impidió que las informaciones de que se usaba a Chile para atacar a Argentina fueran difundidas

en el país vecino, lo que hizo que el embajador Jarpa entregara una nota de protesta por la gran publicidad que se le daba en la prensa a estas especulaciones (El Mercurio, 3 de junio de 1982).

Argentina solicitó una nueva reunión del TIAR el 24 de mayo. Nuevamente Chile se abstuvo, argumentando que no se habían satisfecho las exigencias de diversas disposiciones de este instrumento.

En una de las últimas gestiones diplomáticas, el gobierno chileno, a través de su embajador en Lima, José Miguel Barros, prestó su apoyo a una gestión de paz que iba a realizar el presidente peruano Fernando Belaunde, pero esta finalmente no prosperó.

La guerra de las Malvinas acabó el 14 de junio, con la rendición de las tropas argentinas y la reocupación británica de las islas. Si bien el gobierno chileno no comentó directamente el hecho, durante una entrevista con el secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig, el canciller Rojas dijo que tenían sus mejores “esperanzas en que para asegurar la paz en la región, se encuentre la solución apropiada que atienda los intereses de Argentina y Gran Bretaña” (El Mercurio, 17 de junio de 1982).

PERSPECTIVA DIPLOMÁTICA Y PERSPECTIVA MILITAR

La doble estrategia que siguió Chile durante la guerra de las Malvinas también reflejaba dos tradiciones con respecto a la política exterior, la de los diplomáticos y la de los militares. Estos no estaban necesariamente en contradicción, al contrario, compartían varios de sus presupuestos básicos, si bien mantenían algunas diferencias tácticas. A través de la documentación confidencial, podemos revisar que es lo que pensaban los tomadores de decisiones en Chile.

El planteamiento diplomático está particularmente bien expresado en un documento titulado “Apreciación político-diplomática. Alcances

del conflicto anglo-argentino”, firmado por el canciller René Rojas. La principal preocupación que manifiesta el canciller se da con respecto al peligro que implicaría una aventura militar argentina contra Chile por la cuestión del Beagle. Califica a Argentina como “el más peligroso de nuestros vecinos por su tamaño, mayor capacidad y su política expansionista”, particularmente desde que había asumido un gobierno militar con una “política exterior ultranacionalista y de carácter expansionista” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982a, p. 19). Esta concepción geopolítica llevó a los argentinos a declarar nulo el laudo arbitral, a amenazar con una posible guerra y no aceptar la propuesta papal de 1980.

Debido a la guerra de las Malvinas, Rojas estimaba que “la disminución de la capacidad bélica, el desprestigio internacional y la crisis económica del vecino país” debería prevenir la posibilidad de una guerra. En los que quizás son los párrafos más importantes del informe, se afirmaba:

Por cierto el resultado final del conflicto por las Malvinas tiene gran incidencia en el futuro del diferendo austral y, en tal sentido, el interés de Chile es que Argentina resulte derrotada militarmente, pero no humillada, obteniendo algún tipo de satisfacción respecto a las Malvinas. En efecto, la derrota implica una disminución de su potencial militar frente a Chile, a la vez que una satisfacción en el conflicto con Gran Bretaña evita que vuelque sus frustraciones hacia nuestro país.

Nuestra política de neutralidad en el conflicto anglo-argentino persiguió, precisamente, evitar que nuestro estricto apego al derecho ocasione en el vecino país un resentimiento mayoritario que pueda ser utilizado en contra nuestra con posterioridad a la crisis malvinense. (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982a, p. 20)

La posición de neutralidad chilena había tenido también otros aspectos positivos para Chile, al

coincidir su postura con las de Europa y Estados Unidos. Con ello, sería más fácil que entendieran la postura chilena frente al Beagle y posibilitaba un mejoramiento de las relaciones. En lo negativo, la crisis de la OEA había creado “una amplia corriente de carácter más bien emotiva, anti-jurídica, anti-norteamericana y pro-argentina, que buscaría una reorientación del Sistema Interamericano” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982a, p. 16). Ello podía hacer prever un intento de reconfigurar el sistema interamericano, excluyendo a Estados Unidos y reintegrando a Cuba, lo que era contrario a los objetivos de la política exterior de Chile. También hubo preocupación por el acercamiento de Perú con Argentina, con la posibilidad de una coordinación castrense entre Lima y Buenos Aires, que no podía tener otro fin que el de contener a Chile. Ello hacía necesario un mayor entendimiento con otros países de la región, particularmente Brasil.

Para conocer el pensamiento militar, nos basamos en los documentos titulados “Síntesis de la situación político-estratégica de la comunidad de inteligencia de las FF.AA. a S.E. el Presidente de la República”. Entre la inteligencia militar hubo una posición pesimista respecto a cómo la guerra afectaría a la relación bilateral, tanto porque la acción argentina representaba otro golpe al derecho internacional como porque en la opinión pública del país vecino se había establecido la idea de una colusión entre chilenos y británicos en contra de sus intereses. Al igual que los diplomáticos, los militares estimaban que:

una derrota militar de Argentina no es indiferente a Chile. Esto es especialmente válido si se toma en cuenta que la lógica de la conducta transandina indicaba que nuestros territorios australes sufrirían una acción semejante a la de las islas Falklands. (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982b)

De ganar Argentina, era esperable que esa misma estrategia fuera usada contra Chile. Existía una perspectiva más negativa que los diplomáticos, puesto que se consideraba que “el efecto

económico-militar que tenga el conflicto de las Falklands-Georgias retrasará pero no anulará cualquier plan de agresión contra Chile que tenga la Casa Rosada” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982c).

Se estimaba que los argentinos solo respetaban la fuerza, por lo que “no habrá posible solución para cualquier diferendo chileno-argentino mientras Buenos Aires perciba que tiene superioridad militar sobre Chile” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982d). No se esperaba que dejaran su actitud en caso de una derrota, puesto que el pueblo argentino había sido educado durante 35 años en que eran una gran potencia regional y bioceánica, por lo que sus efectos no serían borrados con facilidad. Ni siquiera un gobierno civil mejoraría las relaciones con Chile, porque se preveía como inestable y derivaría nuevamente en un gobierno militar agresivo.

Había particular temor porque el conflicto permitiese elaborar un entendimiento de Argentina con Perú, Bolivia y la Unión Soviética, todas relaciones que eran altamente perjudiciales a los intereses chilenos. A ello se debía responder con un mejoramiento de los lazos de Santiago con Washington y Londres. Particularmente, el temor de que los soviéticos aprovecharan el conflicto parecía como una obsesión de los militares, que percibían que “nuestro rival geopolítico contará con la alianza de nuestro enemigo ideológico. El resultado de este entendimiento constituye en sí mismo una amenaza permanente a la supervivencia chilena” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982d).

El comportamiento de los otros países de la región también fue considerado como peligroso para Chile, pues demostraba que estos reaccionaban con “una postura emocional e irreflexiva sobre la verdadera dimensión de los valores en juego” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982d). Por ello, Chile no podía esperar la cooperación de la OEA en caso de que fuera agredido por un vecino, pues ignorarían completamente un razonamiento de derecho y se inclinarían por las emociones.

Por todo lo anterior, convenía el mantenimiento de la soberanía británica sobre las islas: “El precio que habría que pagar por la posesión [sic] Argentina de las islas Falkland es demasiado alto para Chile en el terreno estratégico. De esta forma parecería razonable pensar que a Chile le conviene asegurar la permanencia británica en las islas y al mismo tiempo, ganarse por primera vez en muchos años, el apoyo de un sistema político europeo y así asegurarse una fuente de armamento permanente” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1982e).

Pinochet se inclinaba claramente por la percepción de los militares. Muestra de ello es una conversación que tuvo con Vernon Walters, embajador itinerante de Estados Unidos, en la que Pinochet dijo que, de no haber sido las Malvinas, los argentinos habrían atacado a Chile. También le manifestó su particular preocupación por la actitud de Bolivia y Perú en apoyo a Argentina, pues pensaba que algún día estos países le pedirían ayuda a Buenos Aires para declararle la guerra a Chile. También puso en guardia a Walters de no creer las promesas argentinas de que no recibirían material soviético, pues podrían enviarlo por un tercer país, como Cuba o Perú (Walters, 1982).

Como se observa, diplomáticos y militares compartían muchos presupuestos y preocupaciones al evaluar el conflicto del Atlántico Sur. La principal diferencia se daba en que los militares exacerbaban el peligro militar, casi al punto de llegar a ser catastrofistas. Había una permanente percepción de amenazas militares, que no se limitaba solo a Argentina (como hacían los diplomáticos). En cambio, la Cancillería se preocupaba también por otras consecuencias de la guerra, sobre como quedaría posicionado Chile en el sistema internacional, puesto que había mostrado coincidencias con la posición de los países occidentales pero quedaba aislado en América Latina.

CONCLUSIONES

En la introducción planteamos como hipótesis que el gobierno chileno desarrolló una política doble, una diplomática y otra militar, que actuaban con autonomía. La revisión de los antecedentes nos permite demostrar que el Estado de Chile no actuó como actor unitario. Como plantea Allison, la concreción de una política gubernamental no es la decisión de un único individuo, sino un conglomerado de grandes organizaciones y actores políticos, los cuales no actúan según una estrategia consensuada, sino que de acuerdo a variadas concepciones sobre fines nacionales, organizacionales y hasta personales (Allison, 1971, p. 144).

En este caso de estudio es de destacar no solo la existencia de dos estrategias paralelas, la de los diplomáticos (una neutralidad sustentada en principios jurídicos) y la de los militares (apoyo secreto a Gran Bretaña mediante información y movilización de tropas), sino también el que se haya seguido adelante con ambas, sin que el posible decisor final, en este caso Pinochet, se decidiera por desechar alguna de estas líneas de acción.

Aunque independientes, ambas estrategias tenían cierto nivel de complementación, pues su objetivo era cooperar en una derrota argentina, ya que, junto a la colaboración de los militares con los británicos, los diplomáticos chilenos buscaban desprestigiar con gran sutileza la posición argentina al presentarla como contraria a los principios del derecho internacional. Pero la independencia de tales estrategias provocó también choques, puesto que la diplomacia chilena tuvo que desmentir continuamente las acusaciones y rumores de una colaboración chileno-británica. La fuerte reacción de la Cancillería en el caso del helicóptero Sea King ayudó a evitar que el incidente dañara la posición chilena.

Ello demuestra la existencia una autonomía y hasta un cierto nivel de competencia entre burocracias, al considerar cada una que tenían

las mejores capacidades para resolver la situación (Halperin, 1974, pp. 51-54). La particularidad de este caso se da en que la Cancillería actuaba a oscuras, puesto que desconocía la profundidad de la colaboración de los militares con Gran Bretaña, viendo sus efectos en forma indirecta, como cuando Pinochet revirtió sus esfuerzos por condicionar un voto a favor de Argentina en el TIAR.

Una vez concluida la guerra, se mantuvo la competencia entre las perspectivas diplomática y militar, pero la primera empezó a ganar terreno y a dominar la postura chilena sobre las Malvinas. Sobre el tema de la soberanía, la Cancillería recabó de su dirección jurídica una opinión que concluyó la superioridad de los títulos argentinos en las Malvinas, debido a la aplicación del *uti possidetis*, salvo en lo que se refiere a sus dependencias. Por ello, se comenzó a apoyar la postura argentina en los foros multilaterales (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, s.f., p. 6). También aquí había otro interés, la de mejorar las relaciones con el vecino, tan afectadas por el conflicto del Beagle y la neutralidad chilena durante la guerra.

No obstante, este reconocimiento a los derechos argentinos sobre las islas no agradaba al ministerio de Defensa, que estimaba que Argentina adquiriría una posición de superioridad en el Atlántico Sur en caso de obtener las islas. Como fórmula para equilibrar los intereses de ambos ministerios, se llegó al acuerdo de reconocer que Argentina tenía “derechos preferentes” sobre las islas (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, s.f., p. 7), lo que causó mucha molestia en el país vecino, que deseaba que se le reconocieran sus derechos a secas (La Tercera, 9 de abril de 1989). Esta tensión duraría mientras se mantuvo el régimen militar, pero con el retorno a la democracia se adoptó una política de expreso apoyo a la posición argentina respecto a las Malvinas (Rodríguez-Elizondo, 2012).

REFERENCIAS

- Allison, G. (1971). *Essence of decision: explaining the Cuban Missile Crisis*. Little, Brown, and Company.
- Arancibia, P. y Maza, I. (2003). *Matthei: mi testimonio*. Tercera-Mondadori.
- Archivo Prisma. (2 abril de 1982). AV-4900 [Auxiliares para 60 minutos: 2 de abril, Galtieri sale al balcón ante una multitud reunida] [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=70ZsgT-n3KM>
- Bellemans, L. (2000). *Análisis de la posición de Chile durante la Guerra de las Falklands/Malvinas* [Tesis doctoral, Pontificia Universidad Católica de Chile].
- Castro, C. (2006). *Las relaciones vecinales de Chile y la guerra del Atlántico Sur*. Editorial Mare Nostrum.
- Cortés, M. (2022). La diplomacia multilateral de Estados Unidos durante el Conflicto del Beagle. *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*, 13(1), 22-44.
- Edwards, S. (2016). *My Secret Falklands War*. Book Guild Publishing.
- Ejército Argentino. (10 de mayo de 1983). *Análisis Global del conflicto Malvinas, EMC*. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/ar_ea_cem_cde_03_07.pdf
- Embajada del Reino Unido en Santiago. (28 de abril de 1982). *UKE Santiago telegram 182 to FCO (2110Z) ("Falklands/Chile/OAS") [MFA source says Pinochet overruled his MFA to insist Chile abstain on upcoming Argentine resolution at OAS, regarding Galtieri as having no future]*. <https://www.margarethatcher.org/document/219728>
- Freedman, L. (2004). *The official history of the Falklands Campaign, Volume 2: War and diplomacy*. Routledge.
- FRUS. (1988). *Foreign Relations of the United States 1981–1988. Volume XIII. Conflict in the South Atlantic, 1981–1984*. Department of State.
- Halperin, M. (1974). *Bureaucratic Politics and Foreign Policy*. Rowman & Littlefield.
- Manzano, K. (2021). La disputa por el canal del Beagle y sus consecuencias geopolíticas para la zona austral-antártica. *Revista Científica General José María Córdova*, 19(35), 799-815. <https://doi.org/10.21830/19006586.786>
- Martinic, I. (2022). *Patagonia vigilada: Chile en la Guerra de las Malvinas-Falklands*. Ril Editores.
- Maza, S. (2017). *Thinking about history*. University of Chicago Press.
- Ministerio de Defensa de Argentina. (1984a). *Causa N° 59 - Juzgamiento de las presuntas infracciones previstas en el CJM señaladas en el informe del CAERCAS. Vol. 4*. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/ar_ea_cem_csf_01_04.pdf
- Ministerio de Defensa de Argentina. (1984b). *Causa N° 59 - Juzgamiento de las presuntas infracciones previstas en el CJM señaladas en el informe del CAERCAS. Vol. 5*. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/ar_ea_cem_csf_01_05.pdf
- Ministerio de Defensa de Argentina. (1984c). *Causa N° 59 - Juzgamiento de las presuntas infracciones previstas en el CJM señaladas en el informe del CAERCAS. Vol. 47*. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/ar_ea_cem_csf_03_17.pdf

- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (s.f.). *Unidad documental simple 37-2-14 - [Antecedentes básicos de la Guerra de las Malvinas]*. Archivo Institucional Alberto Hurtado, Fondo 1 – Presidente Patricio Aylwin Azócar. <https://archivopatrimonial.uahurtado.cl/index.php/antecedentes-basicos-de-la-guerra-de-las-malvinas>
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (1982a, 10 de junio de 1982). *Apreciación político-diplomática. Alcances del conflicto anglo-argentino*. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Organismos Internacionales, Vol. 1011.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (1982b, 14 de abril de 1982). *Síntesis de la situación político-estratégica de la comunidad de inteligencia de las FF.AA. a S.E. el Presidente de la República*. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Ministerios, Defensa, vol. 649.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (1982c, 28 de abril de 1982). *Síntesis de la situación político-estratégica de la comunidad de inteligencia de las FF.AA. a S.E. el Presidente de la República*. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Ministerios, Defensa, vol. 649.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (1982d, 12 de mayo de 1982). *Síntesis de la situación político-estratégica de la comunidad de inteligencia de las FF.AA. a S.E. el Presidente de la República*. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Ministerios, Defensa, vol. 649.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (1982e, 9 de junio de 1982). *Síntesis de la situación político-estratégica de la comunidad de inteligencia de las FF.AA. a S.E. el Presidente de la República*. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Ministerios, Defensa, vol. 650.
- Morales, M. J. (2012). *Malvinas: la guerra de los neutrales*. Ediciones Continente.
- Oyarzun, A. (1983). *Guerra en las Falklands*. Editorial Cumbres.
- Rodríguez-Elizondo, J. (2012). Guerra de Las Malvinas: 30 años después. *Revista de Derecho. Escuela de Postgrado*, (2), 123-149. <https://doi.org/10.5354/0719-5516.2012.31004>
- Sanfuentes, F. (1992). The Chilean Falklands Factor. En A. Danchev, (ed.) *International perspectives on the Falklands conflict: A matter of life and death* (pp. 67-84). Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1007/978-1-349-21932-2_4
- Sanhueza, R. (2013). Desbrozando mitos: América Latina y Chile ante la guerra del Atlántico Sur. *Revista política y estrategia*, (122), 59-78. <https://doi.org/10.26797/rpye.v0i122.81>
- Sznajder, M. (2022). El rol de Chile en la Guerra de Malvinas. En M. Moloeznik y J. G. Paz (Coord.), *A 40 años de la Guerra de Malvinas: una mirada diferente* (pp. 281-299). Escuela Nacional de Inteligencia.
- Tripodi, P. (2003). General Matthei's revelation and Chile's role during the Falklands War: A new perspective on the conflict in the South Atlantic. *The Journal of Strategic Studies*, 26(4), 108-123. <https://doi.org/10.1080/0141-2390312331279708>
- Valdés, B. P. (2017). Guerra, diplomacia, inteligencia y equilibrio de poderes: una interacción compleja. *Tiempo y Espacio*, (38), 4-22. <https://doi.org/10.22320/rte.vi38.3388>
- Vassallo, M. S. (2022). Malvinas: voces de la plaza: Los discursos de Galtieri y los pronunciamientos de los manifestantes en las movilizaciones masivas a la Plaza de Mayo el 2 y el 10 de abril de 1982. *Aletheia*, 12(24). <https://doi.org/10.24215/18533701e123>

- Videla, E. (2007). *La desconocida historia de la mediación papal: diferendo Austral Chile/Argentina 1977/1985*. Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Villar, A. (2016). *Autonomy and Negotiation in Foreign Policy*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/978-1-137-57275-2>
- Walters, V. (1982, 13 de mayo). *Memorandum of Conversation. Freedom of Information Act*. <https://foia.state.gov/scripts/pdf.js/web/viewer.html?File=\DOCUMENTS\StateChile3\00006058.pdf>
- West, N. (1997). *The Secret War for the Falklands: The SAS, MI6, and the War Whitehall Nearly Lost*. Warner Books.
- Yofre, J. B. (2011). *1982: Los documentos secretos de la guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del proceso*. Sudamericana.